

José María Morales del Bosque

Investigación y semblanza por
Conchita Recio Dávila



NUESTRA GENTE



Todos los derechos reservados conforme a la ley

© Icocult

© Diseño de portada y diagramación: Mario Sifuentes Valdés
Fotografía de portada: Víctor Salazar

Cuidado editorial:
Odila Fuentes / José Antonio Santos / Miguel Gaona

Impreso en México

PRESENTACIÓN

Quienes laboramos para el pueblo de Coahuila desde el Gobierno del Estado somos conscientes de que, además de las estrategias institucionales en materia de seguridad, salud, educación y obra pública que hemos implementado, algo indispensable para generar riqueza e igualdad entre los coahuilenses es el compromiso activo de todos los miembros de nuestra sociedad. Los programas tienen un impacto inmediato y cuantificable, pero es sólo la voluntad y el trabajo de la gente lo que puede transformar estos hechos del gobierno en beneficio comunitario permanente.

Es por ello que ofrecemos a los ciudadanos este proyecto editorial: *Nuestra Gente*, colección de semblanzas biográficas de quienes desde la iniciativa privada, la academia, el servicio público, el activismo comunitario o la asistencia pública no gubernamental, contribuyen día a día a hacer de Coahuila un estado más seguro, más competitivo y, sobre todo, más justo.

En esta entrega de *Nuestra Gente*, el Gobierno de Coahuila rinde homenaje a José María Morales del Bosque, arquitecto nacido en Ramos Arizpe, Coahuila. Sus orígenes, en esta tierra del chantre Miguel Ramos Arizpe, antiguamente Valle de las Labores, formaron en él su carácter y fortaleza. Hombre entregado al trabajo, con un definido proyecto de vida, es uno de los principales forjadores del paisaje urbano moderno en Saltillo y el Estado.

A través de títulos como éste, la colección de libros *Nuestra Gente* se propone un doble objetivo: por una parte, ofrecer justo homenaje a quienes hoy por

hoy han sido pilares de nuestra ciudadanía; dando a conocer al público coahuilense los detalles de su vida y su obra. Por otra, nos interesa que el ejemplo de estos hombres y mujeres se arraigue en los lectores y cristalice, a la larga, en nuevas generaciones de individuos cuya voluntad y espíritu de servicio estén a la altura del porvenir.

Gobierno de Coahuila

José María Morales del Bosque

Se percibe un aire de campo en medio del tránsito de la ciudad. Hay viento helado que choca en las mejillas. Primera entrevista con el arquitecto José María Morales. Es su casa en Saltillo, al norte de la ciudad.

En el enrejado que protege la propiedad no se ve el timbre para anunciar la llegada. La visitante escudriña. Al fin, choca las llaves contra la reja. Aparece una mujer que, sonriente, invita a volver la vista hacia arriba: “Se utiliza la campana”. La visitante asiente. “El arquitecto es original hasta en esto”, murmura jovial la mujer.

La casa de don José María Morales es acogedora. Dentro, la atmósfera es lo cálida que se espera en un frío día de invierno. Entrar en su hogar en Saltillo es toparse con una mesa de maderas fuertes, redonda, con cinco o seis sillas, donde aguarda el incitante aroma del café. Casi enfrente de esta mesa de comedor, se encuentra una cocina que habla del número de hijos que habitaron el hogar en un tiempo y coinciden en él ahora de mayores: una cocina grande, en la que se puede trajar con facilidad. Se la imagina llena de niños y jóvenes que en innumerables jornadas se reunieron ahí para prepararse en las mañanas y asistir a los colegios; llegar exhaustos por la tarde y tomar agua fresca de limón o disponerse a las cenas de familia.

La estancia principal se multiplica en dos salas de estar y dos comedores. Se percata uno enseguida que don José María Morales pensó en dar una gran libertad a su familia, y que cada integrante pudiera

convivir en un espacio distinto con sus respectivos grupos de amigos. Casa para todos; casa de amistades.

¿Quién es este señor de barba blanca y ojos profundos que examinan; que viste camisa a cuadros rojos y al hablar sobre los cambios en el clima lo hace con el auténtico entusiasmo de los hombres conocedores del campo y no por pasar el tiempo?

Es don José María Morales, arquitecto, hijo de José María Morales Farías y Artemia del Bosque de Morales, nacido el 23 de abril de 1928 en Ramos Arizpe, Coahuila.

¿Qué les aprendió a ellos? ¿Quiénes fueron sus padres? Comerciantes de la cuna del chantre Miguel Ramos Arizpe, don José María y doña Artemia procrearon 9 hijos: Aurora, Jesús, Gustavo, Angélica, otra niña también bautizada como Angélica, por la primera, que había fallecido, Arnoldo, Marta, Carlos y el propio José María. Los padres vendían mercancía en una tienda de abarrotes. Lo hacían de una manera singular, intercambiando artículos con las rancherías. A su tienda llegaban los campesinos cargados de ixtle, transportado en burros, y se iban de ahí con los productos de la canasta básica para abastecer a sus familias: frijol, maíz, piloncillo, sardinas, galletas.

El pequeño José María ayudaba en la tienda. Su papá la dejaba a su encargo cuando tenía unos doce años. En los años treinta, Ramos Arizpe era una comunidad de dos mil habitantes. “El ambiente era una cosa muy especial por la abundancia de agua”, platica don José María. “Toda la gente tenía árboles frutales, hortalizas y plantas de ornato en sus casas”.

El agua de las acequias rodaba frente a las casas de la población, de características rurales, pero con una vocación comercial que palpitaba con intensidad en el centro mismo de los hogares. “Había mucho movimiento de comercio. El agua provocaba que de las

rancherías acudieran a dejar sus productos, más que nada chile serrano. En Ramos Arizpe lo mejoraban en el empaque y salía al mercado de la Región Sureste de Coahuila: Saltillo, Parras, Arteaga; y para Monterrey, Nuevo León. Que yo recuerde, salían a diario dos carros de ferrocarril con los productos agrícolas, principalmente legumbres, tomate, zanahorias, betabel, nabo, cilantro, repollo”.

Don José María tiene claro el recuerdo porque le gustaba mucho la agricultura, en la que empezó a trabajar desde sus primeros años de estudios. Invitaba a los amigos a sembrar el trigo, veían cómo germinaba y lo cosechaban. El proceso de germinación de este cereal le fascinaba; eso y cualquier tarea —de hortelano, carpintero...— relacionada con la actividad manual. En esta infancia tan plena, el gusto por ejercitarse en la manufactura hacía que el pequeño José María elaborara en la escuela objetos de barro y de madera: hizo muebles que sirvieron a la casa paterna.



Casa paterna de la familia Morales del Bosque en Ramos Arizpe, Coahuila.

Las viviendas de Ramos Arizpe eran muy amplias, recuerda el entrevistado: se constituían de zaguán principal, recámaras alrededor, sala, comedor, y al final de las habitaciones, la cocina. Luego otro zaguán, el traspatio, un patio más y los que tenían posibilidades, espacio para caballeriza y corral para gallineros y para la engorda de marranos. “Unas casas más anchas que otras, y aunque hubiera animales no se sentía ningún espacio antihigiénico”.

Era un niño que vivía plenamente al aire libre. “No había distracción fija, como ahora. La diversión era andar en las acequias, los arroyos, lugares en donde hubiera agua”. Alrededor de los doce años practicaba mucho el béisbol: “Me gustaba mucho porque Jesús, mi hermano, era promotor de este deporte en Ramos Arizpe. Falleció cuando tenía treinta años, precisamente a causa de un pelotazo. Después vino la cosa del fútbol. Un muchacho lo trajo de México y yo era delantero del equipo que integró: el Capellanía. Tendría unos 13 o 14 años”.

Así transcurría su infancia. Tan alegre y desenfadada que buscaba los juegos y trataba de evitar la escuela. “Uno de los recuerdos más sobresalientes de mi niñez es que no me gustaba la escuela. No me hacían ir, hasta que a mi papá, entonces Presidente Municipal, se le ocurrió ponerme un policía, Oyervides se apellidaba, para que me llevara a fuerza. Yo iba en contra de mi voluntad, pero ni modo”, se ríe.

Su vida corría repleta de felicidad. Mientras, sus padres, además del exitoso comercio con las rancherías, empezaron a incursionar en otras actividades: “Doña Artemia hacía pan, chocolate y cajeta, que mandaba a otras ciudades”. Gusta llamar así a su madre: doña Artemia.

La historia de los Morales del Bosque va al parejo con la riqueza en Ramos Arizpe, dada

principalmente por la gran cantidad de agua de sus veneros y manantiales. Alrededor de los años 30's y 40's del siglo pasado, llegaron a Ramos Arizpe italianos y españoles, que iniciaron un programa de producción de uva. Varios propietarios del lugar se interesaron en él y destinaron terrenos muy grandes: 30 viñedos con una población de 5 mil parras, hasta 20 mil por viñedo. De ahí se desprendió la elaboración de vinos con la vinícola; asimismo, se impulsó un fuerte movimiento de ferrocarriles hacia la República, para despachar toda la uva maciza y que aguantara el empaque: “Desgraciadamente, en 1955 una plaga asoló los viñedos. Según se dijo entonces llegó con los postes que servían para cercar el terreno, postes que trajeron de Tamaulipas, invadidos por el gusano barrenador. Terminó con toda la producción de uva en Ramos Arizpe”.

Su padre era propietario de varias viñas: “Mi papá tenía en los campos unas 10 mil parras para comercializar. Crecía la uva moscatel, la rosa del Perú y la Málaga”. También el agua hacía posible el decidido crecimiento de nogal y membrillo, “excelente producto que dio a Ramos Arizpe mucho auge en la elaboración de cajeta. A la orilla del bordo de las acequias de Ramos Arizpe los propietarios plantaban membrillo y se daba muy bien. La cajeta se producía a escala muy considerable; había 10 o 15 empresas que elaboraban cajeta para distribuirla a todo México. Había mucho movimiento agrícola, por eso se le llamó el Valle de las Labores”.

Doña Artemia preparaba cajeta para mercados distintos a Ramos. “Su mayor clientela”, comenta su hijo, “estaba en Matamoros, Tamaulipas; hacía unos 50 kilos diarios”. Un espacio dentro de la casa funcionaba como taller: en él había sitios destinados al cocimiento del membrillo, como chimeneas; todo,

a base de leña. En una mesa de trabajo se colocaban los moldes. “El taller llegó a medir 100 metros cuadrados”, rememora el entrevistado, a quien se le pregunta cómo participaba en ese proceso. Piensa un par de segundos. Se le viene a la mente una broma: “Cuando menos sí me la comía”.

Las jornadas para los niños de la familia terminaban a las 6:00 de la tarde merendando tortillas de harina o pan francés. Su madre también preparaba pan de pulque, molletes y marquesote. Él recuerda cómo se formaban los moldes en papel, se colocaban sobre la mesa y cómo se esponjaba la masa en el horno.

Sus padres acostumbraban acostarse a las 10:00 u 11:00 de la noche, y ya para las 5:00 de la mañana “andaban trabajando, recogiendo la leche, los huevos, vigilando a los animales, haciendo los quehaceres domésticos, cuidando las plantas y, por supuesto, preparando las comidas”. Éstas demandaban mucha elaboración, mucho trabajo, apunta don José María: “Empezando porque no se tenían los medios que existen ahora. Había que hacer la masa en el metate para elaborar las tortillas, y la salsa en el molcajete. Todo necesitaba más mano de obra, y gracias a ello también tenía mejor sabor. Había que traer o comprar leña para cocinar. Me tocó la estufa de leña cuando era niño. No había refrigerador”.

Una alacena colocada en el jardín servía para refrigerar el queso o las frutas. “Eran unas cajas con tela de alambre para que recibiera ventilación y para evitar el paso de los animales”, describe. Después se utilizarían unas cajas en las que era posible introducir una barra de hielo que mantenía refrigerados por un tiempo mayor los productos, “pero casi no se acostumbraba guardar carne. Ésta se compraba a diario y se consumía ese mismo día”.

¿Qué comida era la habitual? “Lo más usual por la mañana, huevo con chile, frijoles, tortillas de harina”, recuerda y agrega: “Las comidas eran muy completas: todos los días había caldo de res con verduras: chayote, coliflor, papa, zanahoria; sopa de arroz, fideo, guisado de carne, otra vez frijoles y el postre. Por la noche, merendábamos chocolate con pan elaborado ahí mismo, en la casa, y a veces hacían de nuevo enchiladas”.

Como no había luz eléctrica, los niños se iban a la cama a las nueve de la noche, para estar despiertos a las 8:00 de la mañana. “Iluminábamos con velas. Recuerdo haber preparado exámenes de secundaria con la luz de la vela, colocada en el buró de mi cuarto. Había lámparas de petróleo, pero a veces no convenía, por el fuerte olor que despedían; luego vino el gas, después el vapor y finalmente, la luz eléctrica”.

Recuerda don José María que, en los años 30's, “la luz llegó con una planta que manejaba un abuelito mío, don Antonio del Bosque Ramos; él se encargaba de esa máquina. La había comprado y de ella salía la red para distribuirla en diferentes partes”.

Don José María se siente bien en los recuerdos. Describe entusiasmado a sus padres y aquellos momentos de infancia.

¿Cuál es la imagen que guarda de sus papás? “Eran unos artesanos que no descansaban. Siempre estaban pensando en proyectos de cómo mejorar las cosas. Mi papá, con el ixtle, llegó a ser comerciante internacional. Lo mandaba a través de Tampico. En Ramos Arizpe lo mejoraba, y ya empacado, lo exportaba a Europa. Mi mamá, con la producción de cajeta, también se convirtió en una excelente comerciante. Cada uno manejaba su dinero, cada uno con sus producciones y con sus ganancias”.

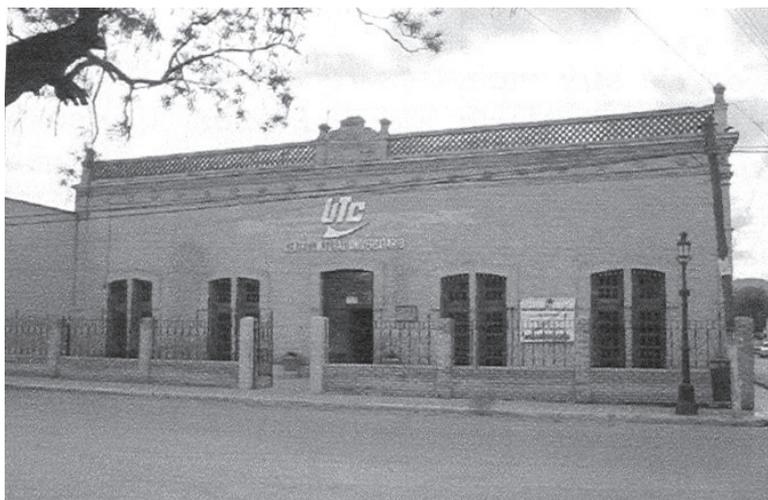
También tuvieron una faceta que posiblemente influyó en la vocación de su hijo José María: les atraía la construcción. “Gustaban de ver planos en revistas norteamericanas”, cuenta su hijo. “Era para ver si hacían una casita en determinado terreno. Lo primero que lograron fueron dos chalets en Ramos Arizpe, que luego vendieron”. La intención era tener casas para renta y luego naturalmente ya venía la comercialización. Vendían una y después compraban más terrenos. Llegaron a hacer 30 construcciones. Empezaron con ello en la década de los 30’s y dejaron de construir allá por los 60’s.

Ambos le dejaron un legado de trabajo, “la mejor herencia que podían darnos”. Cuenta don José María una simpática anécdota de su padre, que no faltándole el trabajo siempre estaba listo si se presentaba cualquier otra actividad: “Ramos Arizpe era entonces una población muy pequeña y estaba en época de elecciones. El sindicato de una fábrica de mezclilla proponía a un señor Duarte para la Presidencia Municipal. También mi papá era candidato. Según me cuentan —yo no me acuerdo, pero sí es verídico— para la votación, los dos candidatos llegaron a un acuerdo: ‘Tú, José María, juntas a tu gente en la Plaza de Abajo, y tú, Duarte, en la Plaza de Arriba’. El día de las elecciones así se hizo. Acudieron las gentes de la Plaza de Abajo y juntó más gente. Los dos candidatos se fueron a celebrar en la Presidencia Municipal con una barbacoa”, platica con una sonrisa don José María.

Se muda a Saltillo

Cuando el pequeño José María, entonces de 10 u 11 años, iniciaba los estudios de sexto año de primaria, su hermana mayor, Aurora, lo invitó a vivir a Saltillo. Ella, casada, de unos treinta años, ya habitaba en esta ciudad, en la calle de Ramos Arizpe, al sur-poniente.

¿Cómo fue el cambio para este pequeño que vivía de treparse a los árboles y cruzar descalzo las acequias de su querido Valle de las Labores? “La ciudad era muy diferente. Aquí todo era más formal. Para empezar, el colegio no era mixto. Yo estaba acostumbrado a que en el mismo salón conviviéramos hombres y mujeres. También había diferencias entre las escuelas particulares y las oficiales. Yo procedía de una escuela pública, la Miguel Ramos Arizpe, y entraba a estudiar al Colegio Ignacio Zaragoza.



Escuela Miguel Ramos Arizpe, en la que cursó parte de su instrucción primaria. Actualmente es el Centro Cultural de la Universidad Tecnológica de Coahuila.

NUESTRA GENTE



José María en el grupo de quinto año de primaria en la Escuela Miguel Ramos Arizpe. (1933).



Interior de la casa de su hermana Aurora en Saltillo, a donde llegó a vivir el pequeño José María, hoy Recinto Cultural Universitario "Aurora Morales de López". (Foto de Víctor Salazar)

Pero sí me agradó estar en Saltillo. Aquí también se impulsaba mucho el deporte y se tenían igualmente las prácticas de los Boy Scouts. Además, conmigo se vinieron dos o tres compañeros. El primero fue Roberto Flores Morales; luego Humberto Zambrano y José María Méndez. Juntos nos veníamos en el autobús a Saltillo, nos íbamos al Colegio y a veces nos quedábamos o algunos nos íbamos a Ramos”.

Pertenecer al grupo Scout le significó una muy grata experiencia: “Lo principal para mí fue tener como director a un profesor que venía de Francia. Acababa de salir de la Segunda Guerra Mundial. Se llamaba Pierre Lyonnet y le gustaba mucho la naturaleza; fue un gran impulsor del movimiento de los Boy Scouts, no el iniciador, pero sí el impulsor. Otros grandes promotores fueron los profesores Moreno, Sánchez Landeros, pero yo me sentí muy bien con Lyonnet”. Para José María este encuentro y la convivencia con su profesor de origen francés fueron determinantes, pues sintió que “era el camino que debía seguir: admirar la naturaleza en todos los sentidos”.

Se detiene para reflexionar en la intrínseca relación entre la naturaleza y la arquitectura, algo que lo motivó siempre en sus diseños. “La arquitectura se basa en la naturaleza. Lo último que se está viendo ahora es la arquitectura biónica, que se basa en las formas de la naturaleza: flores, follajes... tenemos mucho que copiar de ella. Me gusta mucho ofrecer ejemplos de cómo debe darse el desarrollo de las ciudades: el que cuida un árbol sabe cómo debe hacerlo crecer y que se ponga frondoso. Sabe que debe quitarle las plagas, alimentarlo, agregarle fertilizante, y al final, logrará que el árbol crezca bonito”. Sonríe. Le sale del alma lo que de arquitecto tiene, que es entero él. Continúa, se detiene en las frases, como dando cátedra: “El desarrollo urbano en las ciudades.

No se trata de hacer cosas nuevas, sino de quitar lo malo que tenemos: basuras, las pintas en las calles, arreglar las banquetas, mejorar el alumbrado... Se trata de cuidar lo que tenemos”.

Los cuatro años que perteneció al movimiento Scout fueron los que consolidaron su pasión por la naturaleza, algo que se le nota desde el primer momento. “En el encuentro con la naturaleza, lo mejor para mí era admirar el firmamento, cómo está compuesto el cosmos, observar la luna, las nubes, preguntarme cómo se produce la lluvia... Aprendí muchísimo. Ahí cocinábamos, aprendíamos de primeros auxilios y nos comunicábamos, ya fuera a través de radio a galena o con la técnica del semáforo: una manera de transmitir mensajes mediante una bandera. Nos daba trabajo resolverlo, pero además de divertido, era fundamentalmente útil”.

Admiraba a Lyonnet: “Era muy trabajador y entregado. Sabía, además, cómo transmitir sus ideas. Le gustaba mucho la excursión, descubrir trayectos nuevos por las sierras”. Cuarenta niños se iban de excursión. José María pertenecía al Grupo número 1, en la patrulla de las Águilas. “Lo que más me gusta de estas aves es su inteligencia y su capacidad de percibir todo desde muy lejos”, comenta.

Ahí aprendió a hacerse responsable de un grupo, pues llegó a ser jefe de patrulla. Se programaban excursiones en determinada fecha, se montaban los campamentos, con tiendas, con carpas, cocina, un monumento central, con la bandera de la patrulla en la cima. La comparación es ineludible: ser jefe de patrulla era como ser el jefe de una familia, pues tenían como obligación supervisar el lugar donde se asentaban y vigilar que todo quedara igual o mejor de cómo lo habían encontrado.

Estos recuerdos le hacen pensar en el presente: “Estaba leyendo hace poco de la problemática actual de basura en la sierra. Nosotros teníamos que dejar todo más limpio de lo que estaba. Y en relación al fuego, era absolutamente obligatorio que al concluir la excursión se revisara el área de la fogata y se colocara tierra encima para evitar se pudieran prender las llamas”.

Esta feliz temporada alternaba con sus estudios en el Colegio Zaragoza. Uno de los recuerdos más nítidos que le deja esta institución era la promoción que se hacía de la cultura. “Se organizaban grupos de canto y funciones de teatro con novelas u otros escritos famosos. En la repartición de premios de fin de año se representaban dramas o comedias”. Don José María participó como protagonista de la obra “El detective Nick Robert”. Relata: “Ahí aprendí que el cuerpo humano tiende a fortalecer ciertos



Reunión Scout en Ramos Arizpe, Coahuila, en el año de 1981.

sentidos si falla uno de los cinco. En la obra, yo, como el detective Nick, descubriría que el autor del robo de unos documentos de la caja fuerte era un ciego. Y se llegaba a esta conclusión porque los ciegos desarrollan una gran sensibilidad en el sentido del tacto, lo cual resultaba fundamental para abrir la caja”. Eran, señala el entrevistado, “cosas muy sencillas, pero muy formativas”.

El joven José María perteneció a la banda de guerra del *ciz*: “Ahí teníamos que arreglar los tambores, debíamos estar al pendiente de que se mantuvieran en excelentes condiciones”. Y una de las más grandes satisfacciones que le dejó el haber formado parte de la banda de guerra fue que participó en México en una integrada con cien elementos.

Termina la secundaria para José María. Vendría un cambio definitivo en su vida: “Las clases concluían en junio. En el Cristóbal Colón empezaban en diciembre, así es que había un periodo en blanco de seis meses”. Decidió tomar un curso de mecanografía, para lo cual entró a la Academia Coahuila. “Fue un curso que me ayudó muchísimo, pues me enseñaron a tomar apuntes y transcribir a máquina. Si algo aprendí en esta escuela, fue a escribir”. Este aprendizaje le ayudó mucho en el futuro: “En la carrera de Arquitectura la presentación de los proyectos a mano es muy importante”, recalca. “Tiene más valor si el trabajo se hace así”.

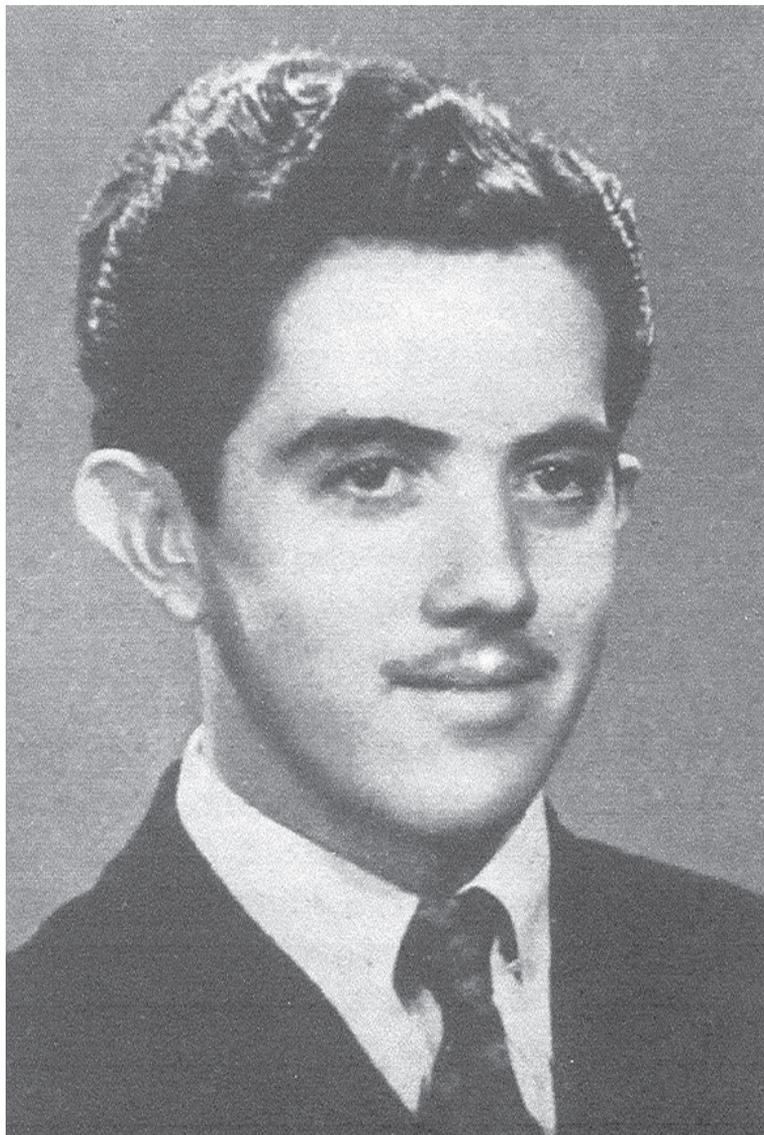
Haber aprendido bien en la Academia Coahuila le traería repetidas experiencias gratificantes. Una de ellas, de hace poco tiempo. Preparó un proyecto para construir la Agencia Chrysler en Saltillo y viajó a la Ciudad de México para presentarlo en el concurso que se convocaba en el Departamento de Ingeniería en la agencia. Luego de revisarlo los encargados en México, José María les propuso

dejarles el plano: “Era, como es lógico, una sábana enorme. Me preguntaron por el disquete. Aquí está”, dijo entonces. En este momento, el entrevistado extiende las palmas de sus manos hacia adelante, frente a la entrevistadora. Sus manos eran su “disquete”. Ganó el proyecto, que se convirtió en esa conocida agencia de automóviles, ubicada en Rufino Tamayo y Nazario Ortiz Garza.

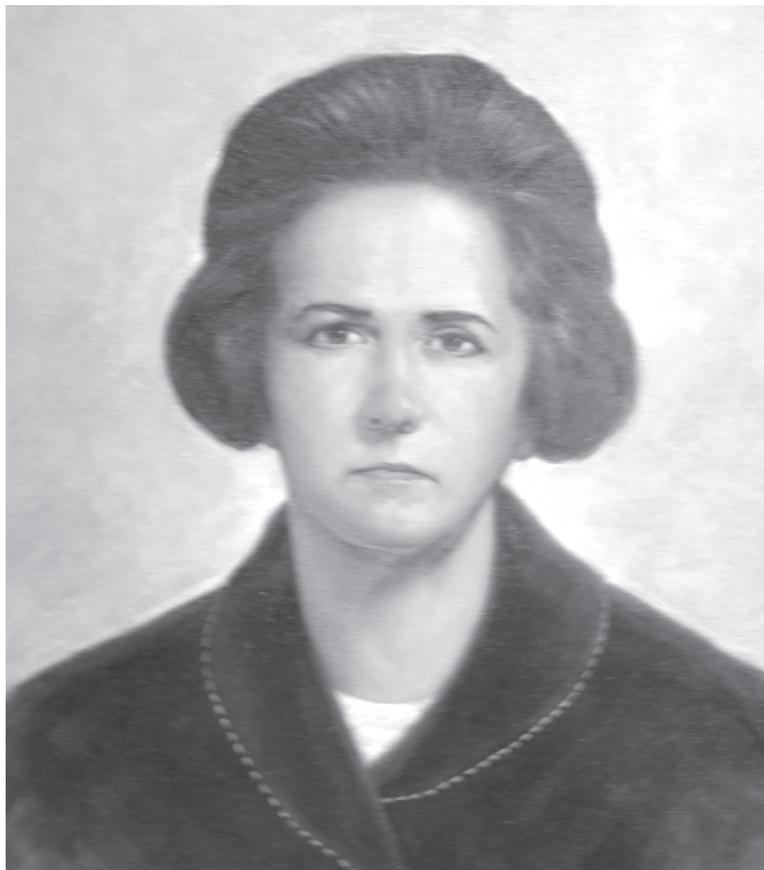
Ya en el Colegio Zaragoza, José María se había sensibilizado con la entrega de trabajos en limpio: “La formación en el colegio también me ayudó para saber cómo presentar las láminas a los profesores e ir, así, aterrizando en la carrera. Incluso ayudaba a compañeros que no tenían tiempo de hacerlas porque trabajaban; me pagaban y yo con ello me hacía cargo de mis estudios y de mi estancia en México”.

La Ciudad de México. Sus estudios de Arquitectura

Una vez más, su hermana Aurora pensó en él para que prosiguiera los estudios en la Ciudad de México. “Supo que de Saltillo estaban ya otros compañeros y que se irían algunos más. Se informó quiénes eran y en dónde residirían. Eran Javier García Villarreal y Fernando García García, los que ya vivían en México, a los que se les sumarían: Jesús Ochoa Ruesga, Leonardo Arzuaga, Guillermo López, Roberto Imperial, Ascensión Carrejo, José García Ocejo, Gerardo y Santiago Rodríguez”. Su hermana Aurora se dio cuenta de que había un internado allá y separó lugar. “Convenció a mis papás de que estuviera de interno en el Cristóbal Colón, cosa que duró un año, el tiempo que permaneció abierto”.



José María Morales del Bosque, hacia 1946. Egresado del Colegio Cristóbal Colón de la Ciudad de México.



Aurora Morales de López. (Foto de Víctor Salazar)

Su hermana pensó siempre en él a la hora de ver y buscar oportunidades para su educación. Su ayuda fue decisiva y positiva. A la distancia, se le pregunta a José María: “¿Cómo visualiza esta preocupación de su hermana hacia el niño que era? ¿Qué representó su hermana para usted?” Don José María escucha con atención. Se produce un silencio momentáneo. Contesta con emoción: “Es algo muy difícil de explicar

en la actualidad; es muy complicado encontrar familias que se ayuden unos miembros a otros; que se interesen tanto por un hermano para que estudie éste una carrera que quizá ellos hubieran querido. Probablemente mi hermana Aurora quiso estudiar, pero no tuvo oportunidad. Se dio cuenta de que ayudándome, se ayudaba a toda la familia”. Aurora Morales era 20 años mayor que nuestro entrevistado.



Fachada del Recinto Cultural Universitario "Aurora Morales de López". (Foto de Víctor Salazar)

Fallecida en 2004, tuvo una vida en la que primaba la generosidad, el altruismo. Colaboró por años en la iglesia de San Juan, y en la Catedral con el padre Humberto González Galindo. Fue tesorera de la Unión Femenil Católica Mexicana y su casa, en la que había dado acogida en sus años de estudios en Saltillo a José María, fue donada en 2010 para un centro cultural.

El viaje del joven estudiante se hizo por ferrocarril. A llegar a México tuvo su primer contacto con una ciudad que le sedujo por su belleza y su majestuosidad. Rememora que el encuentro con su escuela sería un singular discurso de bienvenida por parte del director del Colegio Cristóbal Colón, Manuel Álvarez. Sorprendiendo a todos, preguntó quiénes de los alumnos fumaban. Sólo dos levantaron la mano: nuestro entrevistado y su compañero Leonardo. Con su sinceridad, se ganaron el derecho de fumar el resto del ciclo escolar en el internado del colegio. No así los demás. Lo recuerda nítidamente: la sinceridad como prueba de fuego.

Fueron dos años intensos de estudios en la preparatoria, donde practicó el básquetbol, como parte del equipo del Colegio. De los juegos, disfrutaba yéndose a merendar café y pan con su compañero Ignacio Guzmán, y sus hermanos Alberto y Rafael, en el restaurante de chinos “Pekín”, situado en las calles de San Cosme. Como prueba de su amistad, Morales del Bosque vería con un gusto enorme cómo Ignacio Guzmán, ya convertido en delegado nacional del IMSS, al visitar Saltillo, se bajaría del pódium y se dirigiría especialmente a nuestro entrevistado para darle un fuerte abrazo de hermano.

Luego de dos años pasó a estudiar Arquitectura. La sede de la Escuela Nacional de Arquitectura de la UNAM era el hermoso edificio de estilo neoclásico de la Academia de San Carlos. El entrevistado recuerda

los exámenes de la UNAM para entrar a esta carrera: el primero era de conocimientos, cultura general y artística, complementado con física y matemáticas; y el segundo se trataba de un examen físico. Cuenta nuestro entrevistado en sus memorias “Vida y trayectoria de José María Morales”, una edición de autor, que el examen tuvo lugar en el Centro Médico Universitario. Ahí le notificaron que su examen físico era “insuficiente”. Intrigado, preguntó la razón al doctor que lo atendía, quien le notificó que la circuncisión era un requisito indispensable y no la tenía. Lo prepararon en ese momento para ser intervenido en la sala de operaciones del centro. La intervención quirúrgica era observada por un estudiante de ascendencia alemana, quien habría de ser también operado, pero que no soportó la visión. Se desmayó. “Alguien del equipo médico dijo simplemente: ‘Lo de siempre... otro desmayado’”. Una vez concluida la operación, nuestro entrevistado se trasladó a su casa, en la colonia San Rafael, en camión, “literalmente colgado del estribo del transporte para evitar cualquier contacto con la gente”, platica.

La anécdota le deja la vívida sensación de la seriedad y el profesionalismo de la Universidad hacia sus alumnos. Ésta y una más, en la que resultó más que evidente que no existían preferencias de ningún tipo: Morales del Bosque refiere que en aquellos años se impartía la materia de Geometría Descriptiva y Perspectiva. El maestro era Francisco Zenteno. Asistía a la cátedra Joaquín Capilla, el legendario clavadista, quien se preparaba para una justa mundial. Faltaba mucho a clase y un día el maestro Zenteno le llamó la atención. Capilla respondió haciendo una autodefensa de antología, pero el maestro fue aplastante: “México y la UNAM le agradecen su esfuerzo deportivo, pero más le agradecerán si se forma en la disciplina como

entrena en lo deportivo. Con ello, Capilla nunca más quebrantó el orden en el aula”.

Se le propone que nos hable de su estancia en México, en el campo profesional. México fue para José María Morales un campo abierto para la observación, y eso, para la carrera que estudiaba desde el año de 1947 resultaba fascinante. “En Arquitectura esto es lo que hay que hacer: observar otros panoramas para ver qué se nos ocurre”. Disfrutaba recorriendo la ciudad. De sus visitas, extrajo varios elementos que aplicaría en sus proyectos. Habla con orgullo de ellos: “El orden, la limpieza, la seguridad”. El periodo en que cursó Arquitectura fue un tiempo pleno en estudio y trabajo. “Para 1954, año en que terminé la carrera, ya tenía trabajando tres años. Algunos arquitectos me llegaban a encomendar construcciones de cosas sencillas”.

Casi al término de los estudios recibe una propuesta de Fernando García García para trabajar en la compañía Casas y Edificios S.A. (CESA), una filial de Ingenieros Civiles Asociados (ICA), la número uno en México. Llegó a ser socio de la constructora CESA, pues las acciones se le agregaban como parte de su salario. Entre los proyectos que desarrolló estuvieron la Unidad Modelo, un complejo habitacional unifamiliar de trescientas casas, proyecto que supervisó junto a Jorge A. Soriano y Javier González, así como el Edificio Prida, ubicado en Paseo de la Reforma.

“Yo estaba realmente muy bien”, comenta el entrevistado. Un día recibió la invitación del ingeniero Héctor Gil Alcocer, recién nombrado director de Obras Públicas por el entonces gobernador de Coahuila, Román Cepeda, para trabajar con él en Saltillo. Ya antes lo había hecho en su despacho en el Distrito Federal, y aceptó.

Regresaba a su tierra natal. Mientras tanto, las cosas en su querido Valle de las Labores iban así: su papá continuaba al frente del comercio y doña Artemia, en la elaboración de dulces, cajetas, chocolate, mole.

Primeros desafíos arquitectónicos.

El Edificio Coahuila

En principio, el Edificio Coahuila tenía como objeto alojar a la Universidad de Coahuila, hoy UAdEC. El edificio se empezó a construir en 1954, a iniciativa del licenciado Salvador González Lobo, entonces rector, y Neftalí Dávila, Secretario de Gobierno. En lo primero que pensaron fue en formar un patronato que tenía entre sus funciones promover la construcción del nuevo edificio. “Existía la primera escuela de la Universidad, la de Leyes, pero carecía de un edificio apropiado”.

El proyecto para albergar las instalaciones de la Universidad contemplaba un cierto número de aulas para la propia Escuela de Leyes, un local para la Rectoría, áreas para las inscripciones, un salón de actos, imprenta y oficinas auxiliares de la rectoría en independencia de Leyes. Se eligió el proyecto del arquitecto Morales entre propuestas venidas incluso fuera de la ciudad. Era gobernador Román Cepeda, cuando se inició la construcción de ese edificio. La encargada de hacer los trabajos sería Obras Públicas estatal, a cargo de Héctor Gil Alcocer, quien tuvo a su mando también dirigir la reconstrucción del Mercado Juárez, que se había incendiado.

“La obra del Edificio Coahuila fue muy significativa para mí. Se inició en la Plaza de San Francisco y por equis circunstancia se suspendieron

los trabajos, aunque el patronato funcionaba muy bien. Este patronato estaba conformado por un dinámico grupo de personas que se echó auestas la organización de diversas actividades, como sorteos de objetos, como refrigeradores, para financiar el proyecto”.

Con ese dinero, cuenta don José María, arrancaron los trabajos de albañilería hasta que se suspendieron en 1954. “No fue sino hasta 1964 que se reiniciaron. Ese año, el entonces gobernador, Braulio Fernández Aguirre, poseedor de un gran espíritu transformador, quiso saber de qué se trataban aquellas ruinas. Benito Canales, entonces director de Obras Públicas, investigó. A mí siempre me ha gustado archivar todos los trabajos. Cuando llegó Benito Canales a preguntar, yo tenía todos los datos”. Así, con la iniciativa de don Braulio, y de Benito Canales en Obras Públicas, se formalizó el proyecto del edificio completo. Fue inaugurado en 1968. La ceremonia la encabezó el entonces presidente de México, Gustavo Díaz Ordaz.

El arquitecto Morales se refiere a la forma en que fue recibido el nuevo edificio. “La gente lo catalogó de ‘muy moderno’. Pero yo no tenía la culpa. Yo lo proyecté como lo imaginé. Me preguntaban de qué estilo era, pero yo no les podía decir. Se trataba de una idea propia, que venía de mis estudios y de la idea de funcionamiento que debe tener un edificio: está el aspecto económico, que trata de optimizar, de no malgastar el dinero disponible para que se lleve a cabo el proyecto; y por otro lado, el estético: una obra representa un conjunto de situaciones que deben hacer partícipe a la sociedad de ella. No había otra obra igual”.

Se le pregunta: “¿Qué le dejó esta obra arquitectónica?”. Prosigue: “La arquitectura debe

ser franca, no debe tratar de engañar al pueblo adicionando pinturas o colores. Me queda como satisfacción saber que el edificio se tomó en cuenta a nivel nacional, a través de los medios de comunicación y en las universidades. En lo particular, me abrió las puertas de la profesión”.

En el año de 1954 intervino en la restauración del Mercado Juárez, junto con Mario Valenzuela, el ingeniero Benjamín Cantú, Benito Canales y Abelardo Carranza. “En este proyecto se utilizó una técnica muy adelantada en materia de estructura. Los dos pisos se diseñaron con fuerte resistencia. Empleamos un sistema novedosísimo de concreto, el *Flat Slab*, diseñado a base de losas sólidas y capiteles integrados a la cubierta, sistema que puede salvar grandes claros entre columnas”. Las rampas del mercado Juárez, diseñadas por Morales, permiten un flujo continuo y abierto de los visitantes, necesario en un edificio con estas características.

En la histórica inundación que sufrió Piedras Negras en 1954 el arquitecto Morales tuvo una participación definitiva para ayudar a familias damnificadas. Héctor Gil Alcocer, entonces director de Obras Públicas del Estado, le encomendó a él y a Abelardo Carranza la edificación de viviendas en el predio conocido como “La Loma del Mirador”.

En 1955 renunció a la Dirección de Obras Públicas, donde había realizado proyectos particulares, entre ellos, la Vinícola Saltillo, en cuyo diseño trabajó con Zeferino Domínguez; la panadería La Reyna, ubicada en las calles de Ignacio Allende y Juan Álvarez; la refaccionaria de Pomposo Peña, en Presidente Cárdenas y José María Arteaga. “Este edificio marca una clara definición del funcionalismo en toda su pureza, sobresaliendo sus paños austeros sobre las superficies acristaladas”, comenta.

En Obras Públicas permaneció un año: “Me di cuenta que no era para mí estar en gobierno. Me hacía falta dedicarme a la ciudad. En ese momento no había arquitectos con una participación profesional en Saltillo. Sólo estaban Alfonso Gómez Lara, Luis Madero, Higinio González, Jesús Ochoa y yo. Me di cuenta de que la población crecía y no recibía la atención requerida”.

Su casa de campo

No cabe duda: ese único, frondoso, conjunto arbolado a la vera del camino, por donde se nos hicieron las señas para llegar a su casa, es seguramente la propiedad de don José María Morales del Bosque, que así también hace honor a su segundo apellido y refrenda con él la razón por la cual esta comunidad tuvo por nombre primigenio Valle de las Labores.

Hay que cruzar la propiedad unos metros para adentrarse en la casa, un comfortable hogar donde el aprovechamiento de los espacios vuelve a hablar de la personalidad del arquitecto Morales. Lo componen una cocina integral, un comedor, una sala de estar y un par de habitaciones más. Aquí se puede ver al hombre en estrecho contacto con la naturaleza de la que tanto disfruta. Frente a esta propiedad campestre, hay, cruzando una avenida citadina, un amplio espacio donde conviven gallos, gallinas, conejos. “Por estos días han nacido ocho conejitos”, consigna su asistente. En este ambiente de placidez transcurren los días de don José María. Una placidez no peleada con los afanes cotidianos, pues está al pendiente de cada árbol de su huerta, de cada uno de los animales que se crían en los gallineros.



Casa de campo de la familia Morales Peña,
en Ramos Arizpe, Coahuila.

Instituto de Valle Arizpe

Se platica sobre proyectos arquitectónicos significativos para él. Muchos han sido a lo largo de su carrera. Se le pregunta sobre el Instituto de Valle Arizpe, centro educativo en el que trabajó durante 20 años, diseñando, dirigiendo la obra y aún ahora, codirigiéndola junto a su hijo Marco: “En un principio no se llamaba Instituto de Valle Arizpe. Estaba dedicado a Elvira López, esposa de don Jesús de Valle. Cuando me hablaron a mí, iniciaban los trabajos educativos en una casa habitación, por la calle de Cuauhtémoc, entre las de Ramos Arizpe y Colón. Prácticamente, detrás de esa casa había un terreno disponible. Quien me conectó con don Jesús de Valle fue su segunda esposa, doña María Josefa Gil, aunque a él lo había conocido yo antes, de verlo en el Club de Rotarios, donde fui socio”.

Se iniciaban operaciones pensando, enfatiza don José María, a lo grande: con primaria y secundaria. Los proyectos del ingeniero De Valle eran a base de donativos, comenta el arquitecto. Destinaba una cierta cantidad al año para determinadas instituciones, entre las que se encontraba el IVA.

Platica don José María: “El ingeniero me decía: ‘Hay que hacer seis aulas de primaria en planta baja’. Se construían las seis aulas y don Jesús de Valle salía de viaje de negocios. Regresaba y me asignaba otro programa. Se pensó así en un conjunto que tuviera todos los departamentos necesarios para que funcionara como debería ser”. De esa misma manera se trabajó con los espacios para primaria, secundaria y gimnasio. Paralelamente, las necesidades del colegio fueron creciendo y no había terreno disponible. “El ingeniero empezó a invertir para comprar terrenos aledaños. De este modo, se consiguieron dos casas para Cuauhtémoc y dos para la calle Ramos Arizpe; unas tres casas que daban para Colón y unas dos para Emilio Carranza. Así se conjuntó un terreno para una cosa más en serio”, explica.

Las necesidades del colegio de Valle Arizpe fueron creciendo. Mes tras mes se organizaban conferencias, se proyectaban películas o se hacían funciones de teatro. Agrega don José María: “El terreno era escaso. Para el auditorio, que era la siguiente obra dentro del colegio, pensé yo en una forma cilíndrica en su interior para aprovechar al máximo el espacio y llegar a tener un teatro para 350 personas”. Hizo dos niveles. Para acceder al segundo piso, diseñó rampas, como las que había diseñado con muy buenos resultados décadas atrás en el Mercado Juárez. “En los lugares destinados a un gran número de personas es preferible no emplear escaleras o vialidades peatonales que dificulten el tránsito. La rampa dota

de agilidad el movimiento. Por reglamento se debe pensar que un local a donde asiste mucha gente debe poder desalojarse de inmediato, para evitar problemas”. El arquitecto choca los dedos, para dar la idea de rapidez. Pensó así para el Mercado Juárez en Saltillo y en el Gimnasio Municipal de Torreón.

Continúa su relato con la historia del colegio Valle Arizpe: “A mitad del proyecto, hubo un problema. No acepté se le hicieran cambios a mi diseño original. Muchos aceptan que se les modifique, pero yo nunca fui partidario de ello. Y en ese momento crítico se cortó el ritmo de trabajo. Ocurrió luego de haber concluido yo una especie de internado en la casa inicial, situada en Cuauhtémoc, para unas 40 personas, que contaba con cocina, comedor, baños, etcétera”.

En 1995 las religiosas salesianas vieron la necesidad de emprender mejoras al edificio del colegio. Para este año habían fallecido don Jesús de Valle y su esposa Pepita, como con cariño se le llamara. Luego de informarse que el arquitecto Morales había trabajado por años en la construcción y siguientes remodelaciones en el colegio, la directora se dirigió a él para proponerle le ayudara a diseñar un proyecto de restauración para el instituto. Cuenta don José María: “Sor Blanca, creo que ése era su nombre, se llevó una sorpresa. Yo no acepté trabajar si no se sujetaban a lo que yo dijera en el proyecto final, luego de revisar las condiciones que en ese momento privaban en el edificio. Le pedí tiempo, creo que cuatro meses, para presentar un proyecto que conviniera a las necesidades de los estudiantes, padres de familia, sociedad de alumnos, que todos pensarán en un colegio bien diseñado para que su funcionamiento fuera mejor”.

Sus ojos brillan. Hay calor en sus palabras. “Llegué y encontré errores garrafales. El kínder estaba situado en el segundo piso; la secundaria, en el primero, dándoles a los adolescentes el privilegio. Secundaria y preparatoria... todo revuelto”, comenta, con la molestia que seguramente le produjo aquellos días.

“Aprovechando lo que se había construido en mi ausencia, hice un plan regulador; si querían seguir adelante, era el proyecto que proponía y no ningún otro con modificaciones. La madre esperó los cuatro meses el proyecto. Lo aceptó”.

Entre los cambios en el nuevo diseño arquitectónico estaba el de trasladar el kínder a un lugar más cómodo, donde hubiera incluso un sitio para que los hijos esperaran a sus padres y éstos los recibieran, así como salida a la calle de una manera más segura. También se trasladó la capilla, del segundo piso a la planta baja, dando a un gran patio, donde los niños pasan el recreo y se organizan actividades generales del colegio, festejos, campeonatos”.

Cuando las religiosas aceptaron el proyecto, le pidieron hacerse cargo de la construcción. Él les dijo que ya no se dedicaba a la dirección de la obra, pero que un hijo suyo, Marco Antonio Morales, ingeniero civil de carrera, podría realizarla. A las religiosas gustó mucho el trato de Marco Antonio: “Les encantó que es muy servicial y a ellas les hacía falta una persona como él”.

La iglesia y el asilo del Buen Pastor

El arquitecto Morales diseñó y construyó la Iglesia y el Asilo del Buen Pastor, que albergaría, en cuatro recintos, niñas y novicias. Fue contactado por el padre Luis Fernando Nieto; las obras fueron financiadas y posteriormente donadas a la iglesia por don Jesús de Valle Arizpe, quien también encomendó a la firma Arquitectos y Constructores, de la cual Morales del Bosque era socio, el diseño y la construcción de la casa de retiro Los Valdez, destinada a las hermanas de la congregación salesiana. La firma se encargó del plan maestro de construcción de la mayoría de los edificios administrativos, de recreación, habitación y servicios. El encargado del proyecto del templo fue Félix Madrazo.

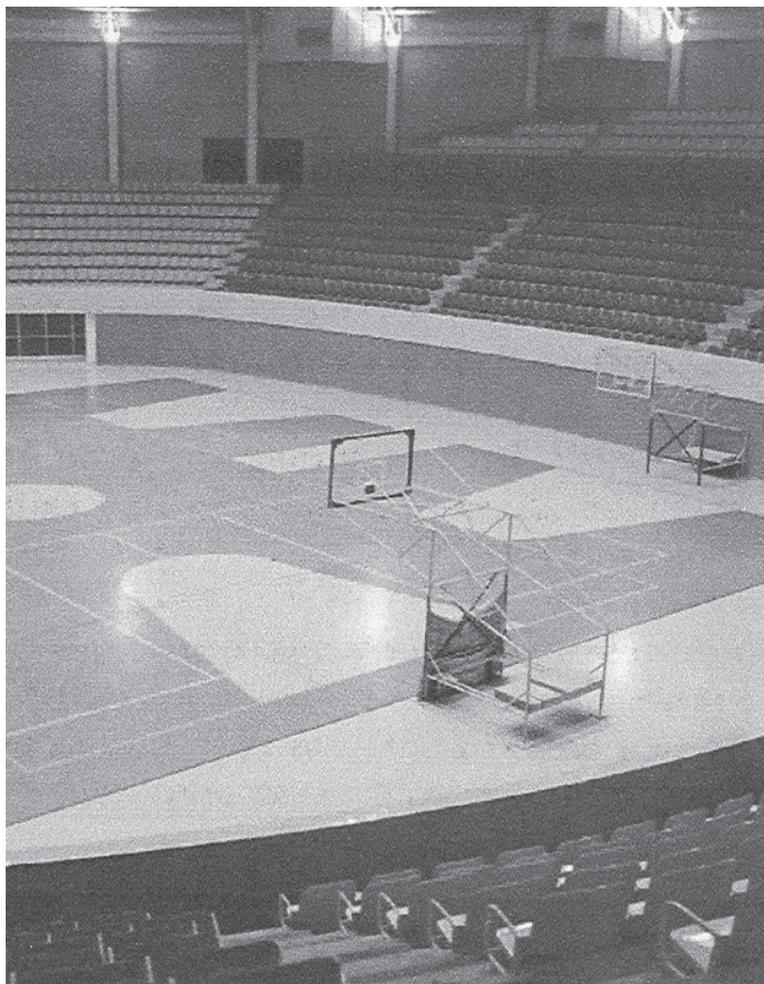


Iglesia del Buen Pastor. Se observan los elementos portantes desfasados de los muros de ladrillo aparente.

Torreón. El gimnasio municipal

“Con este proyecto me pasó una cosa muy rara. Me llamaron de parte del Gobierno del Estado, con don Braulio Fernández, para que asesorara la construcción de un auditorio, en el uso de materiales, el colorido del edificio y todo eso”, comparte el entrevistado, quien al ver lo que se proyectaba tuvo la idea de mejorar el proyecto, y presentó una propuesta suya al propio gobernador y a Benito Canales, entonces director de Obras Públicas del Estado. “Cuando le presenté mi propuesta, ya no estaba asesorando los materiales; Benito me contestó: ‘Bajo tu riesgo’”. Ambos proyectos se colocaron en el suelo del despacho de don Braulio. Canales lo introdujo y explicó: “Aquí el arquitecto tiene otro proyecto”. José María Morales detalló en qué consistía el diseño del gimnasio: “Era circular, con la cancha adecuada para básquetbol, voleibol, boxeo, eventos del municipio, teatro...; todo se podía hacer y todo mundo podría practicar lo que quisiera, gracias al diseño”.

En cuanto a la estructura: “Yo quería que no aparecieran columnas verticales en el espacio, y conseguí una casa en Celaya llamada Arco y Flecha. Ahí me diseñaron la estructura para ese edificio, con 70 metros de diámetro, sin ninguna columna”. Mueve su brazo y antebrazo para demostrar mejor el efecto: “Es un sistema donde el techo está dotado de movimiento; hay como una rótula, y la cúpula tiene justamente ese movimiento”. Este gimnasio, con capacidad para unas 6 mil personas, obtuvo en un certamen el segundo lugar en aprovechamiento del material propuesto. El edificio, cuya construcción resultó moderna y atrevida para la época, fue objeto de malos trabajos arquitectónicos, comenta don José María, al colocarles autoridades municipales posteriores un cielo falso: “Taparon la media naranja de la estructura y dejaron parejo el techo”, se duele.



Interior del Gimnasio Municipal de Torreón.

La hora de la sociedad

Décadas de los años sesentas y setentas. Una época especialmente sensible para que las voces ciudadanas se hicieran escuchar. Morales del Bosque piensa en articular a los profesionales de la arquitectura y consigue junto con otros colegas el establecimiento del Colegio de Arquitectos de Saltillo, A.C. Se registra el 28 de abril de 1974 con socios fundadores como Jesús Ochoa Ruesga. También se propone formar la Delegación Saltillo de la Cámara de la Industria de la Construcción y se convierte en el primer presidente electo para el bienio 1975-1976.



En esta foto, el arquitecto José María Morales con Domingo García Ramos, uno de los más destacados urbanistas de la época, en la presentación de uno de los primeros Planes Urbanos para Saltillo y su área conurbada.



Presentación del proyecto de urbanización de la zona del Canal del Coyote, en Torreón, Coahuila, en los años setentas.

La década de los setentas significó para Morales del Bosque una larga lista de proyectos arquitectónicos que iban de conjuntos habitacionales para particulares, como los de Elías Sánchez y María Concepción Alatorre de Sánchez; Ramiro Guajardo; el capitán Arroyo; la familia Cárdenas Stille; hasta áreas como las de la familia de don Isidro López Zertuche, quien le encomendó algunos espacios lúdicos en el Rancho Las Delicias. En esa lista se encuentran también comercios como el edificio de la Casa Chalita, en el centro de Saltillo, de Kerim Romero Chalita; o los locales de Victoriano de las Fuentes, con quien tenía una estrecha amistad.

Asimismo, realizó trabajos arquitectónicos en iglesias. Una de ellas, el Templo del Calvario, cuya techumbre estaba construida a base de viguería y tableta de madera que recibían el tradicional terrado, y que ya estaba en muy malas condiciones. Morales

propuso retirar el terrado para evitar cargas sobre la vigería y tableta existente, reponer parte de la estructura de madera dañada e impermeabilizar el área expuesta. Asimismo, la firma Arquitectos y Constructores (ARCO), de la cual era socio, inició la construcción de la parroquia de Fátima, bajo la dirección de Roberto Martínez.

Otras intervenciones de José María Morales en el ámbito de la arquitectura por estos años fue la adecuación, a petición del padre Soto, del salón de usos múltiples para la parroquia de San Juan Nepomuceno, donde se imparte catecismo y se llevan a cabo obras de teatro y actividades de índole social.

En el mundo empresarial, el Grupo Industrial Saltillo le encomendó el proyecto y la edificación de la planta Cinsa, dedicada a la elaboración de productos para el hogar y otras obras, como la modificación de los colectores de aguas negras que pasaban entre el tejido de la maquinaria.

Dirección de Obras Públicas

Estuvo a cargo de la Dirección de Obras Públicas del Estado en el periodo de 1972 a 1976. El reto, poner en marcha los trabajos de planificación urbana en las principales ciudades del estado. Destaca aquí el programa realizado en Torreón “La casa que crece”, proyecto promovido por el Instituto Nacional de Desarrollo Cooperativo (Indeco). El programa, que tuvo una crisis de inicio a causa de un problemático líder popular que pretendía apropiarse de los terrenos, pero solucionada por Morales y el Indeco, consistía en el establecimiento de pies de casa a cuyos propietarios les era entregado un paquete de materiales e instrucciones para hacer crecer la

edificación sin necesidad de intervención profesional futura. Así, la casa podría llegar a medir hasta 65 metros cuadrados; fueron 350 las viviendas en Las Carolinas.

En Saltillo, el gobernador Eulalio Gutiérrez Treviño le encargó el acondicionamiento de la Ciudad Deportiva. En esta actividad trabajó como proyectista. Trasladó al lago de ese centro familiar un excedente de agua del llamado “Pozo azul”, fuente natural de abastecimiento situada en la calle Francisco de Urdiñola y prolongación Benito Juárez. Se rediseñó el bordo del lago y se proyectó una serie de resbaladeros conocidos como la Piña, el Dromedario, la Plancha, el Camello, el Caracol y el Túnel; se puso en operación el trencito y se instalaron comedores al aire libre, juegos infantiles y alberca, reforestando el entorno.



Resbaladeros en la Ciudad Deportiva, en Saltillo, donde se aprovecharon las condiciones del terreno.

Como director de Obras Públicas en el Estado tuvo a su cargo la edificación del Centro de Readaptación Social en Saltillo, con capacidad para albergar a 450 internos y la restauración del edificio que entonces funcionaba como Palacio Municipal, en Hidalgo y Aldama, hoy Centro Cultural Vito Alessio Robles: “La intervención consistió primordialmente en retirar los aplanados, suplir los pisos con materiales de barro, impermeabilizar las azoteas tomando en cuenta los antiguos terrados y la reconstrucción de albañilería”.



Visita del Presidente Echeverría al
Centro de Readaptación Social en Saltillo.



Remodelación de la antigua Presidencia Municipal (hoy Centro Cultural Vito Alessio Robles) durante la administración de Luis Horacio Salinas Aguilera.

La firma en la que era socio, Arquitectos y Constructores S.A., realizó diversos trabajos como los hoteles La Torre, Premier y San Jorge, en Saltillo, así como el Banco Internacional y Bancomer, en esta misma ciudad.

El reto del Casino de Saltillo

Don José María siempre ha pensado que hay que trabajar intensamente en cada uno de los proyectos con los cuales se crea un compromiso. “Por pequeños que sean, al arquitecto le deben interesar todos. Algunos te dejan más satisfecho o más recuerdos; unos son fáciles, otros problemáticos”.

Refiere el de mayor riesgo y responsabilidad que considera ha tenido. “Fue el arreglo del Casino de Saltillo. Ahí había construido por varios años distintas áreas: salón de recepciones, la cantina, los baños, pero un día se me ocurrió proponer dar uso al sótano. No recuerdo el año, pero era presidente del Casino Armando López y yo fungía como secretario”. Comenta que desde el momento en que hizo la propuesta, pensó en las dificultades que traería consigo el proyecto, pero también calibró las ventajas y las posibilidades de salir con éxito de los trabajos: “Cuando se habló de la utilización del sótano, se pensó en baños. Pero yo consideré que podía hacerse una ampliación y destinarla a espacio de entretenimiento para jóvenes. Así nació la idea del salón ‘La Cantera’”.

De pronto, la entrevista se torna de nuevo en ilustradora cátedra de arquitectura: “Para llevarla a cabo, tenía que quitar las doce columnas que sostenían el techo y reemplazarlas por otro tipo de estructura. Una columna es una resistencia vertical; yo tenía que suplirla con una viga de fierro, resistencia horizontal”. La carrera de Arquitectura le había dado muchas herramientas, entre ellas, comenta el entrevistado, cómo reemplazar materiales y modificar estructuras.

Se ganó así un espacio de 1,500 metros cuadrados. “El valor del terreno compensaba la obra. Se iban a rescatar esos metros y a base de cuotas se

fue colectando el dinero para la inversión. La gran afluencia de jóvenes fue inmediata”.

¿Qué representó para el arquitecto este momento de su carrera? “Un gran reto. Gané este espacio mediante mucho sufrimiento; a tal grado que durante la inauguración, ya como salón ‘La Cantera’ me dio miedo de que se nos viniera encima”. Un albañil confesaba al arquitecto Morales que no podía dormir en las noches. Y él contestaba: “Si tú no puedes, imagínate yo”.

Pero ya antes había realizado un importante trabajo en el Casino: el salón de actos de la planta superior, con capacidad para 800 personas, inaugurado con un informe del entonces gobernador Román Cepeda.

A 20 años de creado el salón de ‘La Cantera’, expresa don José María: “Da mucha satisfacción ver cómo una obra provista de grandes dificultades resulta al final posible y útil para la sociedad”.

El Cristo del cerro de Las Galeras

Una de sus intervenciones más recientes es la del conjunto arquitectónico del Cristo del cerro de Las Galeras. La idea de la estructura de hierro que sostiene al Cristo es de él. “Se trata de cuatro columnas que sostienen toda la estructura, representando los Evangelios. Tres anillos rodean la mole, que significan fe, esperanza y caridad. Refuerzan las reflexiones a que conducen al espectador los evangelios. Sobre los cuatro evangelios y los tres anillos está el mundo reinado por el Cristo. Se trata, efectivamente, de una figura representando el globo terráqueo. Y, coronando la cima, se encuentra la estatua del Cristo, elaborada a base de una pasta acrílica ligera”. El arquitecto se

encargó de supervisar el diseño y la construcción del conjunto arquitectónico: que la estructura, ideada por él, casara con la estatua, obra de César Ledesma. Sigue refiriendo: “La idea fue de Antonio Elizondo, el padre Toño, amigo mío, compañero desde primaria en el Colegio Zaragoza. Él tiene su parroquia en la colonia Guayulera”.

Por su parte, el arquitecto concibió hace 20 años hacer un homenaje al agua viva que nace en el Ojo de Agua, en nuestra ciudad: “A 400 años sigue saliendo el agua y nunca se le ha hecho un homenaje. En aquella ocasión, no se pudo edificar nada por falta de fondos. Así es que cuando el padre Toño y yo platicamos de este nuevo proyecto en el cerro de las Galeras, recordé aquel otro”.

El 25 de abril de 2004 el Fondo Estatal para la Cultura y las Artes le otorgó el Estímulo al Creador Emérito por su trayectoria y enriquecimiento a la arquitectura, el urbanismo y las artes plásticas de Coahuila.

Los suyos. “La Novena”

Casó con Minerva Peña Rodríguez, con quien construyó una hermosa relación de más de 50 años. “La familia que formamos Minerva y yo dio sus frutos. En total, éramos nueve. Floreció así ‘La novena’, constituida con padres e hijos”. En su casa en Saltillo y en su propiedad en Ramos Arizpe destaca una fotografía de la familia tomada en los años ochenta por el artista de la lente Daniel Revueltas. El fondo del escenario lo constituye el jardín de la casa en Saltillo.

Familia numerosa y muy unida. Al centro, los padres, los pilares que sostendrían el entramado. El día, abundante de luz. Don José María manifiesta



El matrimonio formado por la señora Minerva Peña Rodríguez y el arquitecto José María Morales del Bosque.

satisfacción: alegría protectora en la mirada, sencillez en la expresión; doña Minerva, la magnífica ama de casa que fue, una dulce madre, de rasgos suaves y de mirar tierno. Los hijos formaron sus familias, enriqueciendo así a la iniciada por don José María y doña Minerva.

Armando Morales Peña casó con Patricia del Bosque y procrearon a Patricia y Adriana. José María Morales Peña contrajo matrimonio con Gloria Flores Farías. De este matrimonio nacieron Juan Carlos, José Alejandro, Luis Xavier y José María. Su tercer hijo, Arnoldo Xavier, lamentablemente falleció en un accidente de motocicleta, en la ciudad de Monterrey. “Le decíamos ‘Momis’ y después ‘El capitán’, porque se graduó como Capitán Piloto Aviador. En honor a él pedimos al Ayuntamiento se bautizara así un fraccionamiento en Ramos Arizpe, en donde se encuentra nuestra casa”.

Luis Fernando Morales Peña se unió en matrimonio con Cecilia Flores Farías y procrearon a Norma Cecilia y a Luis Fernando. María Magdalena Morales Peña casó con Carlos Benavides, y de esta unión nacieron María Magdalena, Marcela Felicitas, María Fernanda (+), Elsa y Carlos. Martha Morales

Peña se unió en matrimonio con Ramón A. Reyes, con quien procreó a María José, Ramón y Alejandro. Marco Antonio Morales Peña se casó con Silvia Estela de la Peña y juntos procrearon a Silvia Estela, Mary Gaby, Marco Antonio y Daniela.

En esta última sesión, se recibe una visita que ilumina la estancia. Mary Gaby, nieta de don José María Morales, trae consigo el aroma de la juventud. Parece simbolizar, con este encuentro, a todos sus primos, los nietos de la pareja Morales-Peña. “Te he traído algo de mi viaje”, anuncia a su abuelo, quien se sorprende por el cambio operado en su estatura. “Creciste”, le dice don José María en un tono afectuoso, alzando un poco la mano.

Su vida, hoy

Para esa última jornada de entrevistas, se le encuentra ocupado. Hojas sobre la mesa, una calculadora y el imprescindible lápiz en la mano, hablan de su concentración. Levanta la vista y da la bienvenida. ¿A qué se dedica? “A arreglar los problemas familiares, en cuanto al orden que deben llevar las cosas”. Se detiene un poco y explica: “Cuando falta alguien de la familia, viene un poco de desajuste; se necesita de un guía, y es lo que yo he intentado transmitir. He participado con mis hijos para auxiliarlos en las cuestiones de las herencias. Para mí es muy importante la unión de la familia; estoy ahora mismo en eso”. Vuelve a detenerse. Se remonta un poco al pasado y señala: “La cuestión automotriz, en lo que yo estaba interesado, suspendió su programa de construcción. Por lo demás, estoy al cuidado de mi propiedad en Ramos Arizpe y de la de aquí. Estoy al pendiente de lo que se necesite, para no abandonar todo”.

Se le pregunta sobre un posible balance de su vida. Contesta, como no muy seguro de querer hacerlo: “No se puede transmitir tan fácilmente. Más que nada, ha sido muy satisfactorio en todos sus aspectos: en lo económico, en lo familiar, en el bienestar: la cuestión de la salud nos ha ido bien, la unidad de la familia... En lo particular, agradezco a todas las personas que han colaborado conmigo y las que han sido mis guías. Agradecer y admirar a los que nos dejaron un legado. Tratar de imitarlos. Si ellos dejaron una huella, nosotros también tenemos obligación de ser una guía para los que reciban el llamado”. Hombre religioso, concluye con una frase bíblica: “Y como dice el Evangelio: hay que estar preparado en todos los sentidos”.

Morales del Bosque pertenece a una generación reposada y reflexiva, pero no por ello incapaz de una actividad incesante y creativa. Al contrario, su trayectoria habla precisamente de ánimo, entusiasmo, talento y la disciplina indispensable para que todo plan de trabajo concluya satisfactoriamente.

Una generación con un proyecto de vida muy claro. Desde muy jóvenes, sabían lo que querían lograr. Morales y sus compañeros de profesión asentados en Saltillo llegaron a revolucionar, a cambiar el paisaje urbano citadino con ideas no sólo novedosas, sino además cimentadas en bases sólidas, construcciones que siguen en pie, luciendo los materiales originales.

En esta capital, los “riesgos” arquitectónicos que llegaban a tomarse eran sumamente conservadores. Morales fue parte fundamental de un equipo que se preocupó por dar el salto y dotar al empaque urbano de una nueva cara, de un rostro que le daría el toque de modernidad que la ciudad exigía por la nueva dinámica económica y social en que iba insertándose.

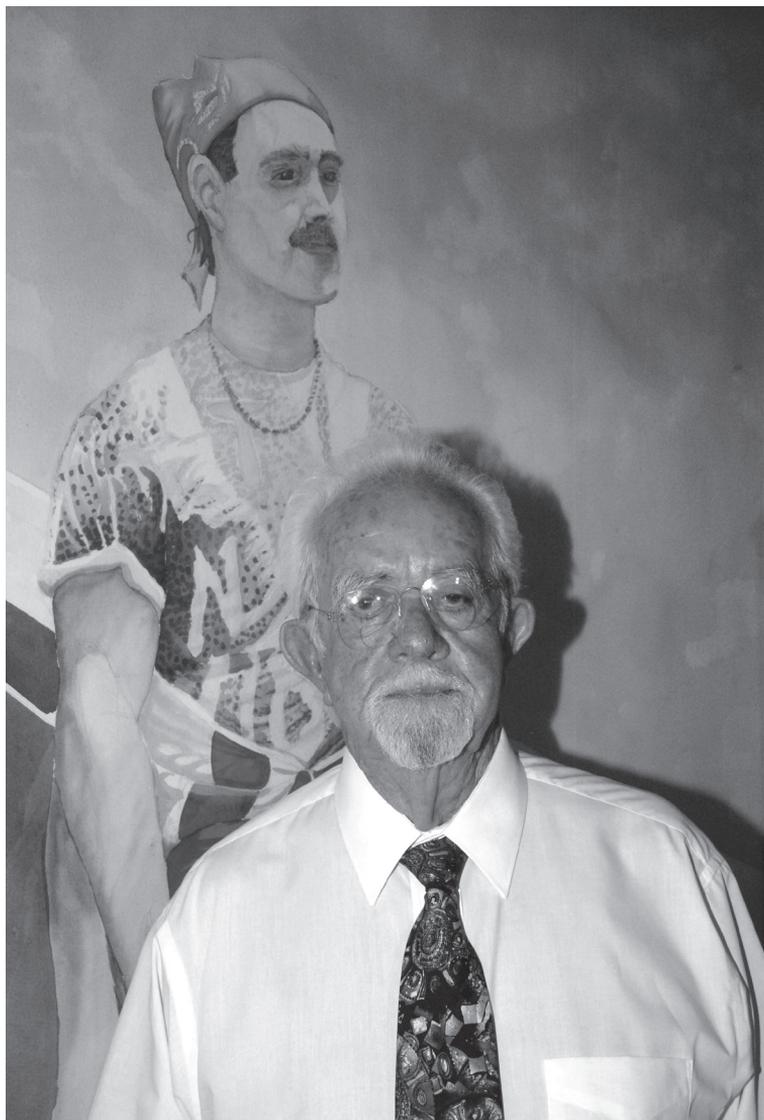
La incesante actividad de Morales del Bosque se manifestó a lo largo de su carrera en una cargada agenda que no le impedía pasar el mayor tiempo posible con la familia que formó al lado de la señora Minerva Peña.

La vida le ha traído numerosas alegrías y no ha estado exenta de intensos dolores. Pero el futuro sigue estando en su mirada, que desliza hacia los brotes de las flores en su jardín; los frutos en ciernes de su huerta y los animales de campo que lo trasladan en el tiempo a la casa paterna.

Se experimentan a su lado sensaciones de paz, de calma; son las del hombre que ha sabido cumplir con su deber y está tranquilo consigo mismo; las del hombre que cumplió con la sociedad que lo formó y agradecido le retribuyó las tareas de cada día.

Nos despide en medio del aroma campestre que rodea su casa, su huerta. Observa el cielo. Con serena contemplación admira el paisaje. Entra de nuevo en el hogar.

Una tarde apacible.



Don José María Morales, y en un cuadro al óleo a sus espaldas, la imagen de su hijo, Arnoldo Xavier, *El capitán*.

José María Morales del Bosque

se terminó de imprimir en agosto de 2010.

El cuidado editorial estuvo a cargo de la Coordinación de Literatura del ICOCULT.

Las familias tipográficas usadas son

Lucida Bright y Garamond.

